
María Zambrano

No me siento capaz de hablar de María Zambrano como escritora española, ni tampoco como filósofo español, aunque este hecho sea singular, el de una mujer española que escribe buena filosofía. Mi primer encuentro con María Zambrano data ya de mucho tiempo. Había yo publicado en la *Revista de Occidente* un ensayo titulado «El erotismo en Unamuno» y, de pronto, recibí una carta de esta escritora, solicitando le indicase la manera de proporcionarse otro ensayo mío sobre *Quirón, el Centauro*. A la vez me felicitaba por mi ensayo y por tratar de romper en él o de contribuir a romper ese inveterado poder patriarcal que impera en nuestro país.

Confieso que sólo conocía a María Zambrano de nombre y que sus obras empezaron a ser saboreadas por mí mucho después. Pero este primer encuentro puede servirme para empezar a hablar de ella, repito, no como escritora o como pensadora, sino como algo más sencillo y difícil, como María Zambrano, una mujer española que, de pronto, irrumpió en nuestra historia con unas ideas.

Recordaré de paso que mi «erotismo en Unamuno» nada tenía que ver con la curiosísima evolución que ha tenido este término de erotismo en España. Tan noble palabra, derivada de un dios griego y que evoca uno de los mayores misterios del Ser, se ha vuelto bastardo equivalente de un desfogue de impulsos libidinales reprimidos. Por tanto, a la vez símbolo de una protexta contra el padre represor y castrador y contra la madre arcaica que no dejaba gozar del impulso sexual. Los que recuerden mi ensayo sobre el erotismo en Unamuno saben muy bien que yo me refería a otra cuestión, que fue lo que quizá llamó la atención de María Zambrano. Entre otras cosas me refería allí a «lo femenino» con su doble vertiente: que la mujer puede sentirse a la vez «inferior», en cuanto «castrada» por el hombre y muy superior a él por estar inmersa, como dijo René Nelli, en una esfera a la vez metafísica y real, en la cual, en sus estados de imaginación o de pasión, sabe que es la única que puede penetrar.

A lo largo de los años me he ido afianzando en una hipótesis que sigo considerando, como dicen los investigadores, hipótesis de trabajo; que, por tanto, no aspira a ser ni teoría ni supuesto filosófico, pero que continuo manejando por si acaso me sirve algún día para penetrar en el maremágnum del alma colectiva española. La cual, de pronto, nos ha sorprendido vertiéndose, como en un muladar, en una pornografía frutiva, que los psicoanalistas denominan «anal», es decir estercolácea, por convertir lo más personal y enigmático del hombre en cosa disfrutable, en maniobra de placer, eso sí, al parecer durante muchos siglos prohibida a los hombres y mujeres de España, al menos en otra forma que en la expresión grosera del lenguaje y en la recoleta de los lechos, donde se da rienda suelta a la voluptuosidad.

Erotismo, en realidad, apenas ha existido en la literatura española, signo siempre de nuestras profundas realidades, más que en la forma alquitarada de la mística y en

algún que otro lirismo de las literaturas periféricas, catalana o galaica. No he sido yo el único en hacer esta afirmación. Que inmediatamente suscita otra, naturalmente muy provocadora, pues pone en marcha las resistencias más secretas del hombre español. Este hombre tiene un gran temor a su «feminidad inconsciente» y no por la explicación vulgar de que esta feminidad puede «afeminarle», ya que es lo bastante culto para saber que feminidad inconsciente, conforme nos enseñan los psicoanalistas de la escuela de Jung y antes que él las doctrinas del sufí Abenarabi, es un estrato del alma de todo individuo que tiene profundamente que ver con la creatividad. Es el ánimo profunda, de signo femenino pero que no feminiza, antes al contrario, vuelve al hombre plenamente varonil, lo que parece darle miedo al hombre hispánico.

Lo cierto es que este temor a la feminidad inconsciente se asocia en el alma del varón español con algo que está muy patente en toda nuestra literatura y aun en la lírica, y que ha sido comentado muchas veces y fue en ocasiones tema muy disputado. Me refiero a la pobreza de escritos de nuestra lengua en obras en que se presente la intimidad secreta del varón o de la mujer, sin rebozo y la rareza de epistolarios amorosos o su escaso valor literario cuando existen. El hombre español, como dije en alguna ocasión, considera por decirlo así indecente exhibir su intimidad. Pero esta explicación para el que esté ducho en cosas de la psique profunda traduce inmediatamente su carácter de «defensa inconsciente».

Todo esto trata de explicar por qué razón María Zambrano, además de ser una pensadora muy singular dentro del ámbito hispánico, precisamente lo es (en mi opinión, naturalmente criticable), por haberse roto en ella esos arcaicos tabúes, esas misteriosas defensas del hombre español frente a sectores del pensamiento que, por albergarse en los planos más íntimos y profundos del hombre, son poco frecuentados por el razonar habitual y habitualmente también desdeñados y hasta temidos.

He de seleccionar de esta obra tan rica unas pocas notas, forzado por la natural cortesía hacia mis oyentes. Puesto que mi placer sería ir comentando toda ella, con fruición y entusiasmo, ya que su riqueza es inagotable. Sirva lo antes dicho para disculparme de no hacer examen crítico, intelectual, de sus ideas, puesto que me he atrevido a la empresa más disparatada en el ámbito de nuestras lecturas: a ver en María Zambrano una expresión intelectual, tanto filosófica como poética, de lo que podríamos llamar *Anima hispánica* profunda. En otra ocasión escribí sobre *Rosalía*, *Anima galaica*, pero entonces la misión era más fácil por la índole exclusivamente poética de este manantial del subconsciente colectivo. Desde luego, mi propósito ha de encontrar fuerte oposición entre mis compatriotas del sexo masculino, puesto que afecta a regiones muy escondidas y, por lo mismo, encogidas al máximo en el fondo de su alma.

Pero he aquí que esta ánima hispánica razona y de manera certera, tocando temas que están de gran actualidad, descubriendo antes que muchos filósofos contemporáneos la trascendencia de cosas como el juego, la piedad, la nada. Y de todo ello que, ondulante, avanza por sus consideraciones en ese precioso librito *El hombre y lo divino* habría mucho que hablar, para lo que no hay tiempo. Desde un primer momento, al decirnos el nacimiento de los dioses en Grecia pone ante nuestros ojos esa otra realidad, esa *pre-verdad* que tanto tiene que ver con la música y con los números. ¡Qué

maravilloso observar cómo esos números sagrados que conservaron —nos dice—, los pitagóricos plenamente y que iban a servir para desintegrar el átomo, van ahora, en nuestro tiempo, a desvelarnos, con su rigor científico, esa «realidad velada» de la que se ocupa d'Espagnat, un profesor de Física de París y de la que se ha hablado hace dos años en el coloquio de Córdoba, precisamente bajo los auspicios de alguien, como Abenarami, que nació doscientos años antes que María Zambrano pero no a mucha distancia de su cuna, ella en Vélez Málaga y él en Murcia.

El título que lleva el libro que ha resultado de los coloquios de Córdoba *Ciencia y conciencia* va acompañado de un subtítulo muy revelador: *Las dos lecturas del Universo*. Bien sé que este coloquio ha sido muy criticado y también defendido, por lo que es más extraño aún, que en España prácticamente nadie se haya ocupado de él, cuestión ésta que es la que por el momento más me interesa. En su último librito, titulado *Un átomo de sabiduría. Propositiones de un físico sobre la realidad velada*, d'Espagnat se aferra a su tesis: «El campo de lo racional y de la ciencia no es la *realidad en sí...* es sólo el conjunto de fenómenos, por complejos que nos parezcan, que forman la realidad empírica o vivida. Y lo que sobrepasa, en parte al menos, las posibilidades de lo racional y de la ciencia es... lo que se llama el Ser... Entendiendo por tal no cualquier trascendencia, sino la fuente misma de los fenómenos y la causa profunda de la regularidad de sus leyes...»

Vuelvo a decir que lo que me importa de esta «doble lectura del Universo», es que en España haya determinado el mismo repulgo que ciertos temas, tales como el examen con arreglo a la psicología llamada de las profundidades de nuestros grandes textos literarios o de la propia alma hispánica o la historia, sencillamente, de la intimidad secreta y siempre evasiva de nuestras figuras representativas.

Para María Zambrano, la tragedia de lo humano es no poder vivir sin dioses. Tomando esta palabra «dioses» en el sentido elemental de una realidad distinta y superior a lo humano. Coincide así con muchos pensadores de nuestro tiempo, entre ellos con mi buen amigo Ludwin Schajowicz y el filósofo germano Eugen Fink. Dice éste: «¿Quién puede decir lo que va a pasar en nuestra época? Todas las grandes religiones de la tierra están fatigadas... La libertad humana, ¿no corre un riesgo enorme al emanciparse de todo vínculo sobrehumano y proclamar la potencia creadora de la voluntad humana como principio absoluto de su existencia?».

Pero había dicho que no iba a ocuparme de las ideas de María Zambrano y de su a veces extraordinaria premonición de otras que ahora empiezan a tener curso libre por el mundo y que ella anticipó. Me interesa María Zambrano mucho, muchísimo por lo que piensa. Pero más, bastante más por lo que es; una expresión involuntaria de unos estratos hispánicos sumergidos. Recuerdo de mis lecturas infantiles uno de los últimos *Episodios Nacionales* de Galdós en el cual el protagonista hace un viaje subterráneo por el subsuelo de la Península. Esta es mi lectura de María Zambrano. Si en ella voy a emplear en algún momento conocimientos que debemos a la técnica psicoanalítica, he de advertir con toda energía que estoy muy lejos de querer aprovecharme de ese fácil truco de nuestro tiempo que consiste en volver absolutas ideas que en realidad no son más que andamiajes para crear una nueva forma de

pensar. Para muchos lectores u oyentes, es fácil incurrir en la perezosa conclusión de que «psicoanalizo» la realidad española, tontería suprema en la que no pienso incurrir. Pero de igual forma que para viajar necesitamos el automóvil aunque no lo adoremos y que para reflexionar sobre la materia el físico recurre a las matemáticas más complejas sin idolatrarlas, meramente como instrumento para cambiar el ángulo de visión y penetrar en el misterio de lo real, pienso que el hombre contemporáneo también ha de servirse de las perspectivas vastas y complejas que la experiencia del subconsciente nos ha proporcionado en los últimos decenios.

Veamos, por ejemplo, prescindiendo del contenido conceptual de las páginas hermosas que María Zambrano ha escrito a lo largo de su vida, alguno de sus «temas», esto es alguno de sus «motivos musicales», que retornan una y otra vez en sus escritos. Empecemos por ese bellissimo libro titulado *Pensamiento y Poesía en la vida española*, publicado durante nuestra guerra civil o por lo menos escrito bajo su influencia, en la que nuestra admirada amiga se afana en un tema obsesionante para todo escritor de España: ¿qué es ese enigma, apasionante y a la vez de inmenso desconcierto que bulle, a veces con borbotones de sangre, otras con alucinante apatía a lo largo de nuestra historia? María Zambrano parte de limpias fuentes: la *Epístola Moral a Fabio*, las *Coplas* de Jorge Manrique, un *Soneto* de Santa Teresa, para concluir: «Melancolía y no angustia es lo que late en el fondo de la vida española». Lo que tiene prisionera al alma hispánica, lo que le ha impedido incorporarse al pensamiento europeo, a la investigación científica, a la filosofía moderna, es una tendencia a la resignación que termina en una melancolía histórica. Como toda melancolía, fronteriza siempre con el impulso tánático. «En el estoicismo empieza el suicidio de la voluntad», nos dice. Y anticipándose también a lo que va a ser en nuestra época la voluntad de sostenerse el hombre solo, sin dioses, después de la irrupción de los nuevos sofistas, señalada por Schajowicz, desde Nietzsche, Brecht a Beckett y Handke nos explica «la voluntad que busca cómo sostenerse un hombre solo, en la desnudez—de lo humano». Hasta el soneto de Santa Teresa, «no me mueve mi Dios para quererte, etc.», es percibido por nuestra escritora como renuncia temática, como suicidio por amor.

Leyendo, magnífico libro no puedo por menos de recordar su vigencia en nuestro tiempo. La frase popular: «Cuando pienso y considero que me tengo que morir, echo mi capa en el suelo y me harto de dormir». ¡Cuántas veces he escuchado esto mismo de labios de amigos, tras haber conseguido después de durísimos esfuerzos un puesto máximo en la enseñanza o en otra disciplina! ¡Hartarse de dormir o de ver el fútbol o de resignarse a seguir viviendo! Otra frase que repetía otro entrañable amigo: «¡Esperar la muerte viendo crecer los árboles!» Es el mismo tono quejumbroso y fatídico de la *Epístola Moral* «¡Oh, si acabase viendo cómo muero —de aprender a morir, antes que llegue— aquel forzoso término postrero!». «Ese pesimismo pagano, clásico, que vive despierto entre los españoles y más entre los andaluces...» (pág. 134). Por eso «El pensamiento español se nos muestra encerrado en la muerte, prisionero de ella». ¡También recuerdo! Aquel otro gran amigo que buscó en el suicidio su consuelo después de haber escrito un libro voluminoso, impensable en cualquier otra nación, sobre *La muerte en la pintura española*. Son los mejores —dice María Zambrano— los que renuncian a vivir, o muriendo del todo o ahogándose en el

contorno social... Y más adelante, comenta: «...la otra manera... arrojar a la hoguera en bloque...»

Pero continuemos, para no cansar a ustedes. Ya en otro libro, en ese estupendísimo *El hombre y lo divino*, María Zambrano emplea tres palabras, tres «motivos musicales» de su pensamiento que sorprenden. Son: *persecución, delirio y luz*. Dice: «Los dioses persiguen al hombre con su gracia y su rencor...» En lo más hondo de la relación del hombre con los dioses anida la persecución: se está perseguido sin tregua por ellos».

Más adelante exclama: «Pues en el principio era el delirio: el delirio visionario del caos y de la ciega noche». Lo que quiere decir, aclara: «En el principio era el delirio; quiere decir que el hombre se sentía mirado sin ver. Que tal es el comienzo del delirio persecutorio: la presencia de una instancia superior a nuestra vida que encubre la realidad y que no nos es visible...»

Delirio... persecución. ¿Qué es el delirio? Hay un delirio dionisiaco, desordenado, incoherente en apariencia aunque su lectura profunda, como Laing demostró analizando una historia clínica del psiquiatra Kraepelin, pone de manifiesto un decir ordenado. Kraepelin afirmaba: Estas palabras sin conexión del paciente que tienen ante ustedes demuestran que delira. Pero no era así. Laing lee la incoherencia del paciente de otra manera que la que utilizaba Kraepelin para enseñar a sus discípulos. «Lo que el enfermo delirante está diciendo es algo perfectamente comprensible. Dice que su psiquiatra es un imbécil que no le entiende». Nada más razonable que un delirio afirmó con sagacidad de poeta Chesterton en su libro *Ortodoxia*. Cuando un discurso peca de exceso de razón es que, en el fondo, es delirante. ¿A qué delirio se refiere María Zambrano? Bien claro lo dice, a un delirio de persecución. En el psicoanálisis kleiniano la persecución emana casi siempre, para el enfermo, de un fantasma, que es para él el de la madre que no le ha querido, el de la madre persecutoria, de la madre mala. Todas las viejas religiones, incluso la de los griegos conocieron esta madre persecutoria como diosa maligna, Kali, Hécate, como diosa de las tinieblas, de la falta de amor. ¿Es esta falta de amor lo que, sin saberlo, quiere señalar María Zambrano cuando nos habla del carácter persecutorio de lo divino?

La neurología moderna ha hecho un importante descubrimiento. Cuando el hombre se obsesiona en torno a una idea, cuando se constituye el «círculo obsesivo», que a veces nace de una lógica rigurosa, de una razón implacable en su crítica, puede producirse paralelamente una depresión, una melancolía. Parece que entonces hay un predominio del hemisferio cerebral de la lógica matemática, del razonamiento verbal, que queda apartado del otro hemisferio, el que ve al mundo como una totalidad, conexo con el propio hombre, articulado con él, el hemisferio fisionómico o musical.

Pero las cosas son infinitamente más complejas. Si María Zambrano pone al delirio en tan divino lugar, el comienzo de todo; si, sin vacilar, sostiene: «El dominio de la psiquiatría coincide con el dominio de lo sagrado, lo divino no revelado aún». Hay otro lugar (pág. 269) en el que parece afirmar todo lo contrario: «La serenidad —exclama— es la pasión de la filosofía, la pasión que arrasa con todo para mirar. Pasión de ver, que cree tener un horizonte porque lo ha edificado. Y no lo sabe, porque el que no se embriaga no sabe nunca lo que hace...». Preguntémosnos ¿de qué quiere embriagarse o desembriagarse María Zambrano? La respuesta para mí es

rotunda: de ese licor áspero y rudo, dulcísimo y a la vez venenoso, salvador y mortífero que es España.

La clave de todo está en la palabra *ver* y en la palabra *mirar*. Cuando habla de que al principio era el delirio sostiene: «quiere decir que el hombre se sentía mirado sin ver». Bellísimas palabras dice María Zambrano sobre la luz. Una luz que no puede ser otra que la que engendró a los dioses griegos. «Esa calidad de la luz del aire —explica—, de la luz que no pesa ni se condensa, que pasa rozando las cosas y casi penetrándolas hasta volverlas como ella transparentes». La luz del Egeo, de las islas donde nacieron los dioses. Pero una cosa es la mirada persecutoria, fija y otra el mirar no con los ojos, que al fin y al cabo son el órgano del mirar, sino con todo el Ser, no con la parte, sino con el Ser entero. Una madre mira con amor, una enamorada mira con amor, pero jamás con la fóvea, esa zona de la visión distinta en la retina. Miran ambas con todo su organismo, miran acariciando con todo su cuerpo, miran con un sentido que es muy anterior a la vista, al oído, al tacto, al olfato, al gusto, un sentido primigenio, ancestral, madre de todos los sentidos. Ese es el mirar que no es persecutorio, el que Sartre no comprendió cuando también entendía el ver como una persecución de un ser por otro ser. Desentroncar la mirada, el mirar, de la totalidad de la sensación, es volver al hombre o al dios agresivo, persecutorio, maligno. Mirar, mirar tan sólo es ya —digámoslo de una vez— excisión del hombre, esquizofrenia. Por tanto, paranoia.

«La angustia de sentirse mirado —dice María Zambrano— envuelve la apetencia de serlo...». Angustia ante la madre que no da cariño, pero de la que, pese a todo, queremos su mirada. El hombre tiene hambre no de que le miren, sino de ser envuelto por la mirada, acariciado por el Ser.

Aquí tenemos la muestra de esa configuración ambivalente de los «signos» profundos, del temario de María Zambrano. Después de sus bellísimas palabras sobre el amor «...ser divino y demoníaco a la vez... ser extraño al hombre y a la vez lo más entrañable...» nos dice de él: «... El amor es el agente de destrucción más poderoso, porque al descubrir la inadecuación, y a veces, la inanidad de un objeto, deja libre un vacío, una nada aterradora al principio de ser percibida... Es el amor el que descubre la realidad y la inanidad de las cosas, el que descubre el no-ser y aún la nada...» María Zambrano es ahora el anti-Abenarami, la antimística: «El Dios creador creó al mundo por amor, de la nada. Y todo el que lleva en sí una brizna de este amor descubre algún día el vacío de las cosas...»

Pero sus intuiciones son, como antes dije anticipatorias. ¿No están en las palabras que sigue anticipadas las ideas de Eugen Fink sobre «El juego como símbolo del mundo»: «El juego es lo más profundo que hay en la divinidad... El juego es lo más superficial y visible del mundo sagrado...»

Otro tema de María Zambrano es el de «la piedad como trato con lo divino». Entra en la cuestión con unas palabras que recuerdan las antes mencionadas del físico D'Espagnat: «Pues realidad es no sólo la que el pensamiento ha podido captar y definir sino esa otra que queda indefinible e imperceptible, esa que rodea a la conciencia, destacándola como isla de luz en medio de las tinieblas». Esa realidad que el profesor de física atómica de París nos va a decir que es hoy visible con más claridad

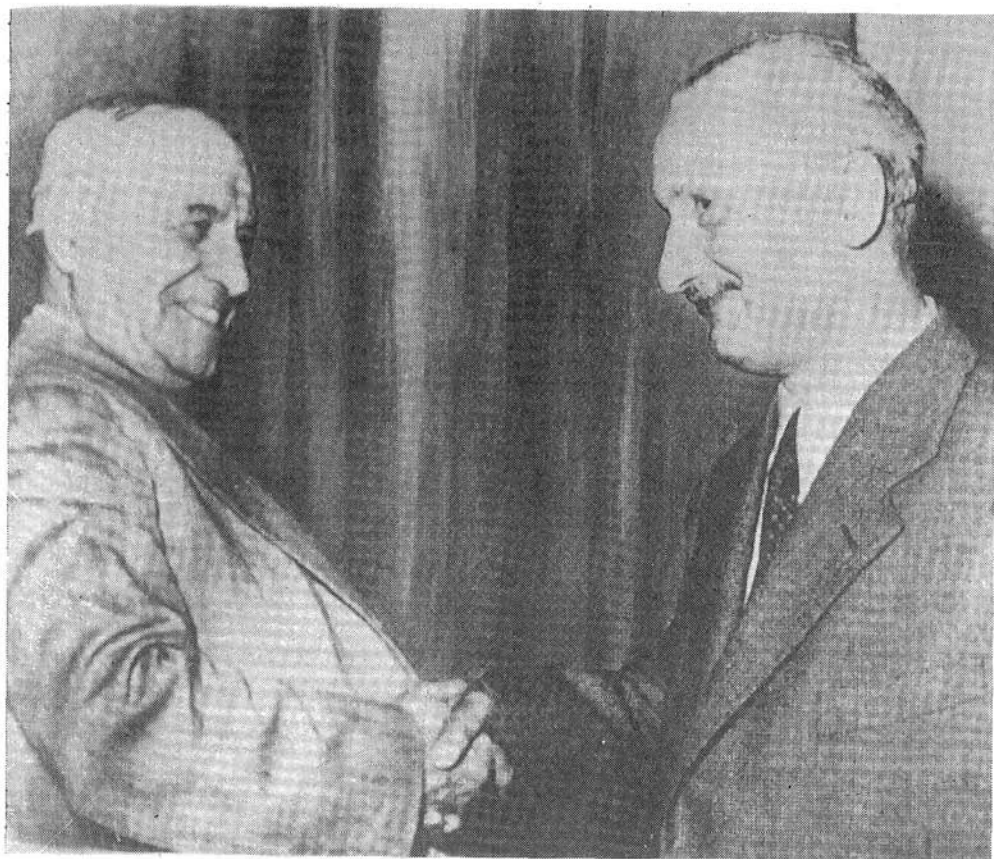
a los físicos que a otros científicos o filósofos, porque el «paso atrás», la distancia que sus técnicas y oficio les permiten hacerse de la realidad hace más necesario postular esta otra realidad. De la que María Zambrano nos dice que «al tornarse el hombre más racional... se iba estrechando a su compás...» Sobre todo para el humanismo de hoy que es renuncia a la ilimitación del hombre y, por tanto, a sí mismo y también a algo muy importante, el amor.

La piedad, que vive de incógnito desde hace mucho tiempo, a la que Max Scheler denominó la simpatía es, para María Zambrano, «el saber tratar adecuadamente con lo otro» ¿Qué cosa es este «Otro»? Lo vemos cuando nos aclara: «La piedad se define primero como el trato adecuado con los dioses». Tratar con lo otro es simplemente tratar con la realidad. Con esa realidad «velada» de la que tantas veces hemos hablado.

En su hermoso libro *La douceur dans la pensée grecque*, Jacqueline de Romilly, excelente helenista, nos dice las muchas palabras que los griegos emplearon para hablar de la dulzura, *praos*, *hemerós*, *èpios*, *filantropía*, etc. Pero la piedad, palabra con la que en ocasiones se ha traducido esa «dulzura» o condescendencia o benevolencia es para María Zambrano algo más profundo: estaría en el centro del sacrificio y de la poesía. Es la clave de todo culto y de toda inspiración, pues nos revela que hay «algo que llega desde otro lugar, que llega y huye...» Dicho en los términos actuales de D'Espagnat sería lo que este físico reconoce como «l'appel de l'Être», la llamada del Ser. Esa llamada para la que muchos sabios y, sobre todo, los hombres de ciencia, que no son físicos, son como dice María Zambrano, totalmente sordos. Pero no el hombre vulgar que la percibe en las cosas bellas, en el misterio de la noche. Esa calma profunda, que según María Zambrano, sólo el estoicismo produce, también es «llamada». Aunque hay otras formas no estoicas de sentirlo: por ejemplo esa tan debatida «Gelassenheit» de Heidegger, en cuya discusión se unen teólogos y taoístas, en nuestro tiempo. No, no creo que el estoicismo sea «la solución clásica y duradera de la piedad desde el ser». En todo caso pienso que es una solución excesivamente española, pero no universal.

En dos formas el hombre moderno, nos enseña María Zambrano, ha intentado librarse de lo divino. Una, en la vía del llamado «idealismo»; otra en lo contrario, el creer que la realidad toda, vida humana inclusive, está compuesta de hechos. Razonar es «echar cuentas» y la víctima mayor de este hacer cuentas es tratar de explicar el amor. Convertido en hecho, decaído en acontecimiento, sometido a juicio y explicación, es decir, desvirtuado en su esencia que todo lo trasciende. Puesto que al amor es «una realidad, una potencia original precisa para la fijación de una órbita, de un orden». Todas las cosmogonías comienzan diciendo «en principio era el caos». Pero la órfica afirma «En el principio era la noche». Allí donde el amor encuentra su anuncio misterioso. Este orden, nos dice María Zambrano, lo perturba la envidia, el mal sagrado entre todos, que ante el Dios absoluto grita *non serviam*, la envidia fraternal, la primer forma de parentesco, según Unamuno. ¿La envidia? Yo pienso que es la soberbia, no la envidia, el mal sagrado por excelencia, el que va contra la creatividad y contra el amor.

¡Admirable María Zambrano! Podríamos seguir así, horas y horas, comentando con delicia sus ideas. *Anima hispánica* balbuceante en el misterio. Yo la veo como una



Ortega y Heidegger en 1951.

oscura feminidad creadora, sagrada, que irrumpe en nuestros días, que ha resistido al cabo de los siglos a un taimado «asesinato de lo femenino» que se cumple, si no se le descubre, en la mayoría de las culturas. Como esa *Sophia aeterna* de la que habla Abenarabi, su vecino geográfico, aunque alejado dos siglos de ella, pero hoy de plena actualidad. Veo a María Zambrano y al homenaje que se le rinde como anuncio de un cambio en la aletargada subconsciencia hispánica, llena de tedio creador, de apatía disfrazada de pasión, de angustia al no poder, en nuestros días, ni creer ni crear.

JUAN ROF CARBALLO
Ayala, 13
MADRID-1